

## **IV Domingo de Adviento, Ciclo C.**

### **LA ALEGRÍA POR EL NIÑO QUE NACE**

Una vieja canción de Manolo Galván cuenta el diálogo de una madre con un niño, que un buen día no quiso ir a la escuela porque el hijo del alcalde lo llamó hijo de ramera. Aquel niño era el fruto de un embarazo no buscado por ser consecuencia de una violación perpetrada como un crimen por tres sinvergüenzas. La madre, llena de ternura revela toda la verdad a su hijo, mostrándole que él, su persona, su vida colmaron de alegría su vida en medio de la tragedia. Y es que la vida es un don y todo ser humano es un regalo no sólo para la madre que lo ha traído al mundo sino para la familia humana. Y la dignidad inalienable de todo ser humano, independientemente de las circunstancias de su concepción, es un derecho para toda persona y principalmente para los más indefensos, los no nacidos. Cuidar y proteger la vida de todos los seres humanos es un deber moral de la familia, del Estado y de todos los responsables sociales. En España se ha aprobado una ley permisiva del aborto que atenta contra la vida humana. Atentar contra la vida de los no nacidos es un crimen.

También en el evangelio de hoy dos embarazadas son protagonistas. En las vísperas de la Navidad el evangelista Lucas cuenta el encuentro entre María, la Virgen, e Isabel, su prima (Lc 1, 39-45). Dos mujeres creyentes comparten y celebran su fe en el Dios de las promesas, en el Dios del amor liberador que es la verdadera esperanza de los pobres de este mundo. Este Dios se ha hecho presente en la vida de ambas mujeres de una forma sorprendente y paradójica, pues las dos están aguardando el nacimiento de sus respectivos hijos, concebidos de forma extraordinaria a los ojos humanos. En su encuentro como madres sus cuerpos de mujer vibran de emociones ante la grandeza de lo que les está pasando. Nada es imposible para Dios. Donde imperaba la esterilidad silenciosa de Isabel se presiente ahora la vitalidad elocuente y profética de Juan, ya desde el seno de su madre. Donde hubo un momento de desconcierto en María por el mensaje del ángel que le anunciaba su maternidad, ahora se irradia la fuerza mesiánica del Señor Jesús, cuyo Espíritu activa los mecanismos de la comunicación humana en su más profunda interioridad. Las entrañas preñadas de las dos mujeres reflejan la fuerza misteriosa y portentosa del Dios de la salvación.

En la reacción de Isabel ante la cercanía del nacimiento de Jesús destaca su alegría inmensa. A Lucas casi le faltaban palabras para transmitir la alegría desbordante que inundaba a estas mujeres profundamente creyentes. La misma alegría que María canta poco después al iniciar el Magnificat es la que Isabel comunica al decir que la criatura "saltó de alegría" en su vientre. Sólo Lucas utiliza y repite un verbo griego (skirtao) que podríamos traducir también como "retozar". Retozar es brincar de alegría, dar saltos de gozo, es vibrar de emoción. Es sentir y expresar con todo el ser, con todo el cuerpo, desde la intimidad de las entrañas hasta la boca jubilosa, la inefable alegría del ser humano por la presencia misteriosa del Espíritu que transforma toda realidad humana y hace posible un nuevo amanecer para la

humanidad. Los labios de Isabel proclaman dichosa a María y expresan su felicitación: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" y "Dichosa tú que has creído que se cumplirá lo que dice el Señor.

Esa alegría desbordante, que va desde el interior del espíritu hasta la conmoción entusiasta del organismo humano, no está supeditada meramente a la vivencia de circunstancias favorables y halagüeñas de la vida, sino que es un don de la fe para afrontar también las dificultades, especialmente las asociadas a una vida de testimonio profético. Es la dicha propia de los que sufren algún tipo de tribulación por la causa de Jesús, y experimentan la exclusión, la difamación y el rechazo por ser fieles a los valores del Reino de Dios (Cf. Lc 6,23). Con la alegría de María y de Isabel, que es la alegría de los pobres y de los que esperan en Dios, vivamos las vísperas de la Navidad. Alegrémonos, porque el Espíritu del amor y de la verdad quiere generar en cada ser humano un corazón nuevo dispuesto para el Reino de Dios y su justicia.

La esperanza en Dios y en su palabra es fuente inagotable de alegría verdadera. De la vida aprendemos que la espera de alguien querido es ya una fiesta pues el corazón humano se estremece y se ilusiona acariciando la presencia cercana de un amor. Esperar a alguien es ya una gozada, porque es anticipar el encuentro. Ponerse en camino es estar llegando y esperar es estar vibrando, de modo que la alegría es el espíritu propio de la espera, es el gozo contenido cuyas chispas brillarán en lágrimas de emoción. Pero sólo habrá alegría auténtica si a quien esperamos es al que se acerca a los pobres e indefensos anunciando la Buena Noticia y rehabilitando a los marginados y desheredados de esta tierra.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura